

EPHRAIM GEORGE SQUIER UN ENFOQUE HISTÓRICO DE MENTALIDADES

LIGIA MADRIGAL MENDIETA

ANTES DE TODO, es importante considerar una explicación acerca del enfoque teórico del trabajo que pretendemos desarrollar. Nos ocupamos del estudio de las mentalidades colectivas, es decir de, simbologías y representaciones mentales colectivas que marcaron una influencia importante en las actitudes, conductas y formas del discurso elaborados por los individuos en el período que les tocó vivir.

Partimos de esta idea: que todo individuo es producto de su propio tiempo. Esto implica que en su ambiente debe socializar con otras personas con las cuales comparte algunos referentes mentales, básicos para su existencia.

De esta manera, las creencias religiosas, la actitud política, las costumbres y las formas que asumen y las supersticiones son algunas de las manifestaciones externas en las cuales se refleja la existencia de un mundo de representaciones mentales

colectivas. Una escuela reciente, cuyo principal exponente es George Duby, ha expuesto que:

...para comprender las fuerzas que las hacen evolucionar [a las sociedades humanas], importa prestar atención a los fenómenos mentales, cuya intervención es incontablemente tan determinante como la de los fenómenos económicos y demográficos. Pues no es en función de su condición verdadera, sino de la imagen que de la misma se hacen... que los hombres arreglan su conducta. Se esfuerzan por adecuarla a modelos de comportamiento que son producto de una cultura y que se ajustan, bien o mal, al curso de la historia, a las realidades materiales.¹

De esta manera las sociedades del siglo xx en Nicaragua estuvieron determinadas en su comportamiento cultural por ciertos referentes mentales que influyeron en sus actitudes políticas, religiosas, económicas; es decir, en los aspectos vitales de su existencia.

El año que arribó a Nicaragua el diplomático norteamericano, Ephraim George Squier, 1849, deja ver la presencia de estas mismas circunstancias, que ahora importa estudiar como una forma de comprender mejor la historia.

AGENTE DEL CONFLICTO ANGLO-NORTEAMERICANO

Durante la década del cuarenta, en el siglo pasado, Nicaragua realizaba esfuerzos por competir en el mercado mundial después de haber renunciado a la República Federal en 1838. La experiencia que el curso de los acontecimientos de ese período había dejado en los gobernantes de la época, les hizo pensar que el clima bélico sostenido desde la Independencia, había robado las oportunidades al país para conducirlo por los senderos del progreso.

¹ Duby, George: "Historia social e ideologías de las sociedades" en *Hacer la Historia*, vol. I. Direcc. Jacques Le Goff, Pierre Nora, Ed. Laia. España, pp. 157-8.

Se esperaba que, habiendo renunciado al Gobierno Federal, el clima político cambiaría considerablemente, favoreciendo los planes para crear las condiciones hacia el progreso y la incorporación al mercado mundial. Nicaragua quedó conservando su denominación de “Estado,” vinculado a la posibilidad de restituirse al gobierno centroamericano.

Se daba todavía una situación jurídica no muy recomendable para los planes proyectados hacia el mercado mundial y el progreso material que se pretendía alcanzar. Aun así, los gobernantes nicaragüenses empezaron a realizar las gestiones necesarias para establecer relaciones con otros países, especialmente con los más fuertes y de mayores recursos que permitieran las ventajas de establecer un mercado estable.

Uno de esos países que interesaba a los gobernantes nicaragüenses era Estados Unidos, que a su vez, demostraba por la naturaleza de sus proyectados intereses de hegemonía, interés por la región centroamericana, dadas las condiciones geográficas del canal interoceánico.

Por ello Squier, viajero y diplomático, comenzó a relacionarse con Nicaragua, cuya experiencia le produjo un libro el cual, como asegura Liliana I. Weinberg, su lectura “nos permite seguir con detalle las modalidades que adoptó la penetración neocolonial en el interior de una cultura, de una sociedad.”² Se refería a la obra *Nicaragua: sus gentes, paisajes, monumentos...*

Ese esfuerzo y su influencia se expresaron en el envío de diplomáticos hacia la región que tenía el objetivo de asegurar relaciones perdurables con los gobiernos de estos países. Así Ephraim George Squier fue nombrado Encargado de Negocios en los países de la extinta Federación Centroamericana, cuando las cuestiones por la demarcación de la ruta canalera y el dominio de la posesión territorial eran temas trascendentales en la diplomacia mundial.

² Weinberg, Liliana Irene: “E.G. Squier y la causa del progreso” en *Nicaragua en Cuadernos Americanos*. Universidad Nacional Autónoma de México, no. 5, sept.-oct. 1987, p. 77.

Estaba vigente el conflicto anglo-norteamericano que pretendía definir la disputa legal por esa vía y era el momento en que debían resolverse muchos asuntos en torno a ello. Precisamente, Squier y el representante inglés Frederick Chatfield escenificaron una contienda sorda en este asunto, expresando las intenciones de cada uno de sus gobiernos por apoderarse de la supuesta ruta canalera.

Squier representaba la voluntad norteamericana de conquistar la ruta del canal para propósitos estratégico-comerciales, que le brindaran la oportunidad de crecer como potencia en los próximos años, lo que estaba sujeto en él a un espíritu de superioridad alimentado por las nociones de la Doctrina Monroe y el Destino Manifiesto.

Chatfield, por su parte, representaba la voluntad imperial británica de sostener su privilegio sobre los mares, como lo había emprendido desde el período colonial español en América. Para ello, importaba el dominio de posibles vías de comunicación interoceánica, como el canal en Centroamérica.

Para estas dos potencias neo-coloniales era importante dominar y controlar las vías comerciales más importantes en el Caribe y Centroamérica. Por tanto, la pugna se centraba en el interés de establecer el control de:

Un sistema de comunicaciones y transportes de interés internacional comienza a superponerse y a desplazar las viejas vías tradicionales y a generar nuevas formas de urbanización impuestas por las necesidades de los países centrales.³

Por su condición de diplomático, Squier no podía expresarse a favor de esta idea; pero tampoco podía sustraerse de la idea determinista del progreso y de la civilización que imprimía al mundo una visión muy particular del mismo. En el código mental interpretativo de Squier existían dos tipos de países o socie-

³ Weinberg, Liliana I., op. cit., p. 77.

dades: quienes poseían y controlaban el progreso y quienes no lo tenían, requiriendo del “auxilio” o “beneficioso” contacto de aquel país para ingresar al mundo moderno.

Nicaragua era uno de estos. Y en el territorio nacional, Squier asumía una actitud de condescendiente superioridad al observar las distintas manifestaciones de la sociedad, como lo ha manifestado en su obra:

Estos aborígenes no han cambiado en trescientos años sus costumbres... Las escenas que mirábamos eran idénticas a las contempladas por los hombres del Descubrimiento. Un eterno estío reina sobre ellos; sus necesidades son pocas y primarias, y un naturaleza pródiga satisface a mano abierta las exigencias de su existencia. Jamás podían pensar que ese grupo de extranjeros que surcaban silenciosamente el agua frente a ellos andaba ahí abriendo el camino para la llegada del estrepitoso vapor, ni que el mundo civilizado estuviera en esos momentos planeando la titánica empresa de rasgar el velo de su primitiva soledad...⁴

Habría que advertir el juego de mentalidades que se establece en estas circunstancias. La teoría del progreso y la civilización alcanzaba a dominar el simbolismo de la sociedad en los países desarrollados: dueños de la técnica y la ciencia, habían cultivado la idea de llevar el progreso a otros países, como Squier lo manifestara.

No es casual que él mismo anotara las observaciones que hacía del ambiente en el cual se encontraba, a cada paso, en Nicaragua:

Eché a volar mi imaginación figurándome esa planicie en manos de una raza emprendedora y vigorosa, con pueblos

4 Squier, E.G.: *Nicaragua, sus gentes y paisajes*. EDUCA, San José, Costa Rica, 1970. p. 53.

por doquier, y henchida de los más ricos frutos de la naturaleza, y me preguntaba si nuestra generación no iría a ser testigo de este cambio...⁵

Ese pensamiento marcadamente etnocéntrico no sólo se hacía patente en la actitud de funcionarios y personas como el embajador. No se olvide que cinco años después de la estadía del diplomático, William Walker también se haría presente en Nicaragua bajo la premisa de “regenerar a la sociedad,” de acuerdo con los valores cultivados en los Estados del sur de Estados Unidos.

La superioridad de ingleses y norteamericanos se basó en esta relación, que ellos mismos establecían con el progreso y la civilización, había sido y sería la base para esa actitud de superioridad con que se presentaban en Nicaragua, pretendiendo reclamar posesión sobre un territorio que no les pertenecía.

Como lo participara Weinberg en su artículo acerca de los viajeros y que ya se ha referido,

El viajero y diplomático no sólo representaba las ideas de su gobierno, sino que expresaba también la ideología que hacia mediados del siglo pasado acompañó a la expansión económica estadounidense. Liberal y amigo del orden democrático, siente que su país está llamado a ser el portador del progreso, el colonizador de las más recónditas regiones para la causa de la modernización y el agente de la incorporación de economías esclerosadas al circuito comercial de ultramar.⁶

Bajo esas condiciones, Ephraim George Squier, Encargado de Negocios del gobierno de Estados Unidos, llegó a Nicaragua un día del año de 1849, igual como el embajador Chatfield ya labo-

5 Squier, E.G., op. cit., pp. 278-9.

6 Weinberg, Liliana I., op. cit., p. 79.

raba en estos lares desde años atrás, manifestando esos mismos ideales a favor de Inglaterra. Los dos expresaban y proyectaban los visos de un conflicto diplomático nacido del interés por el canal interoceánico.

LAS CONDICIONES EN NICARAGUA

Es difícil asegurar cuándo había nacido la idea que los extranjeros eran superiores a los nacionales en el trabajo y, por tanto, necesarios para la sociedad nicaragüense; pero resulta interesante la actitud de los dirigentes políticos del período que va de 1838 al final del siglo XIX y que se demostraban en las manifestaciones suscitadas por la persona de Squier.

Pero lo que importa llamar la atención es que ese sentimiento llegó a calzar perfectamente con el sentido de superioridad que los extranjeros demostraban aquí.

Squier llegó a Nicaragua en momentos muy particulares que vivía el país, a mediados del siglo XIX, cuando ya estaba visto que las guerras civiles y la influencia del “caudillismo” eran una realidad persistente, que no había reducido sus efectos con la sola renuncia de la Federación realizada en 1838.

Acontecía el levantamiento de Bernabé Somoza que despertó tanta inquietud en la zona del Pacífico, por lo que el general Trinidad Muñoz se vio precisado a establecer su base de operaciones en Granada para, de alguna manera, contener al faccioso. Precisamente, esos momentos de tensión fue los que vivió también Squier, desde su llegada a San Juan del Norte, como más adelante se afirma.

Asimismo, es curioso notar el ambiente de tensión que le tocó vivir al diplomático y a sus acompañantes al llegar a Granada, temerosos de que la ciudad hubiera sido tomada por Somoza, cosa que resultó falsa, aunque no pudo sustraerse de notar el temor de los pobladores de la ciudad por el acontecimiento. La conversación que tuvo con su anfitrión en la ciudad colonial es ilustrativa:

Parecía preocuparle poco la noticia de un ataque a la ciudad, y tenía la firme convicción de que los insurgentes serían dominados. Opinaba, no obstante, que si el gobierno no enviaba rápidamente refuerzos Somoza podía atacar Granada, pues el hombre era tan audaz como malvado. Pero aun en el peor de los casos lo que debía hacerse era atrincherarse tras las puertas y convertir cada casa en fortaleza...⁷

La situación comentada anteriormente nos da algunos elementos para dedicarnos a exponer un aspecto decisivo de la vida del nicaragüense en aquel período. El juego mental —simbólico de nuestra sociedad decimonónica— divagaba en medio de algunos aspectos centrales: la actividad política, en la cual se reconocen dos elementos sustanciales: el caudillismo y el localismo geográfico.

Igualmente, otros de los elementos de ese juego mental-simbólico era el pensamiento religioso que también tenía implicaciones políticas. Estas llenaban la dirección de las diferentes actividades llevadas a cabo en la vivencia del nicaragüense: era un mecanismo que cruzaba transversalmente la mentalidad colectiva, en vista que aparecía constantemente combinada con los demás elementos del imaginario colectivo.

Pero otro acontecimiento, ocurrido en ese mismo año, había sido la invasión de los ingleses en el puerto de San Juan del Norte bajo el argumento de reclamar posesiones del “Reino Mosco” en el litoral oriental. El 1 de enero de 1848 se habían presentado en el puerto tropas inglesas a bordo del *Vixen* y el *Cutter Sun*, este último con bandera mosquita. Esta circunstancia despertó muchas actitudes adversas en la población, pues fueron ultrajados los funcionarios nicaragüenses nombrados en el puerto y se había forzado a Nicaragua a firmar los acuerdos de la isla de Cuba, en el Lago de Granada, bajo amenaza.

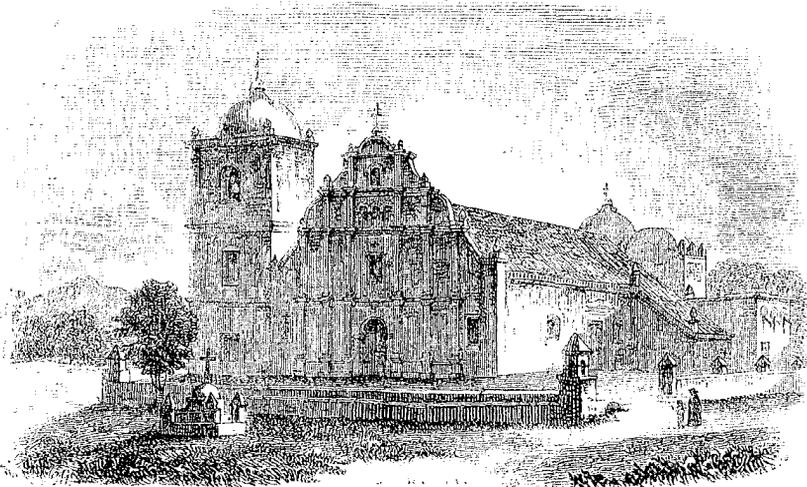
⁷ Squier, E.G., op. cit., p. 91.

Tales fueron las circunstancias más notables que acontecieron unos meses antes que Squier arribara al país, pero cuyas consecuencias aun se vivían al momento de su arribo a Nicaragua.

LOS ASPECTOS DEL IMAGINARIO COLECTIVO

Estos se relacionaban con el pensamiento religioso, elemento omnipresente en la mentalidad colectiva desde la colonia, cuando los españoles habían impuesto el ejercicio ritual de la Iglesia católica de modo coercitivo sobre la población indígena.

Aunque sincretizado con elementos rituales indígenas, el ritual católico subsistía en el ejercicio cultural de las personas, determinando en gran medida su propio quehacer vivencial y la naturaleza del espíritu social. Ningún espacio de la sociedad existía donde el ritual religioso no encontrara residencia, atemperando costumbres, tradiciones, modos de vida, supersticiones, creencias civiles, etc.



Parroquia de Subtiava.

La misma Independencia condujo, en cierto momento, a una defensa de la religión y sus posiciones frente a la sociedad, cuando se empezaron aplicar las reformas liberales. De hecho, la defensa de la religión se llegó a interpretar como un argumento necesario en las actitudes partidarias durante la mayor parte del siglo XIX. Por eso, cierto sector de la sociedad interpretó las reformas liberales como un ataque contra la “sacrosanta religión de sus mayores,” organizándose un ejército para defenderla.



Ciudad de León.

En otras palabras, el pensamiento religioso incursionó en las actitudes políticas a partir de la Independencia, modificando la naturaleza de la lucha política como nunca se había visto hasta ese momento en la historia de Nicaragua. Todo el devenir de los acontecimientos militares y sociales en el país, desde 1821, presenta ya la incursión de lo religioso como elemento que determinaría el ejercicio político.

Fueron precisamente, los llamados “conservadores” quienes habrían de incorporarlo como una estrategia para aprovechar el arraigo y la influencia que la religión demostraba en la sociedad. La defensa de la religión se transformó en una especie de estribillo que se repetiría, una y otra vez, hasta finales del siglo XIX, en el debate político como una condición básica para llevar adelante la lucha militar y política.

De hecho, es posible asegurar que el peso de la religión fue tan determinante en el espíritu social que, desde la época colonial, había llegado a incorporarse e identificarse como el elemento básico y primitivo de la nacionalidad.

La acción nociva de elementos extranjeros que atacaron, robaron e incendiaron las ciudades nicaragüenses durante aquel período, hizo que se les reconociera como individuos de otras nacionalidades, a partir de la forma cómo aplicaron su ataque contra las creencias y construcciones religiosas.

Llamados “herejes” desde aquel momento, el epíteto significaba una identificación gentilicia que pretendía identificarlos provenientes de algún territorio que no compartía el ritual católico y, por tanto, eran enemigos del país. José Dolores Gámez describe que, cuando estos atacaron León, “la saquearon sin excluir las iglesias y después incendiaron la catedral, el convento de la Merced...”⁸

Esto significaba para los creyentes un ataque a las cosas relacionadas con la Iglesia que sostenía un sentimiento tal vital y sensible para ellos que les hizo reconocer en sus atacantes a

⁸ Gámez, José D.: *Historia de Nicaragua*. BANIC, Managua, Nicaragua, 1993, p. 160.

enemigos. “Los ataques de los así llamados infieles, se interpretaban como una amenaza a la religión y la lealtad hacia el Rey que se combinaba con un sentimiento de lealtad e integridad del territorio al que se sentía pertenecer la población.”⁹

Al llegar el período de la Independencia, este sentimiento religioso tan arraigado había quedado como un registro de nacionalidad que estalló al momento que los llamados liberales empezaron a aplicar reformas que “atacaban” las posiciones de la Iglesia Católica.

Durante los sucesos de la Independencia, y ante el argumento religioso que se habría elaborado de parte de las autoridades leonesas, para sostener las relaciones con España poniendo en duda las decisiones de Guatemala, en noviembre de 1821 circuló en Granada un escrito que señalaba:

*Es doctrina sentada, que el gobierno de la Iglesia es enteramente espiritual; que en cualquiera clase o sistema de Gobierno se mantiene ileso, y puro; que las máximas del Evangelio, jamás han atacado a la libertad de los pueblos y que el mismo Señor pagó tributo al César. ¿Conque para salvarse es necesario ser esclavo? ¿Conque para ser cristiana es menester ser bestia del Estado de Borbón? ¿Conque la verdad de nuestra Religión consiste en sostener a un tirano en el trono de sus vicios? ¿Conque, en fin, nuestra independencia niega los sacramentos, dogmas de nuestra creencia?*¹⁰

Aparte de la confusión que habría creado la Independencia en Nicaragua, esta mentalidad antepuso inmediatamente la salva-

9 Norori Gutiérrez, Róger: “Religión e Identidades colectivas” en *Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación*, no. 120, jul.-sept. 2003. p. 72.

10 Proclama que circuló en Granada a principios de noviembre de 1821, criticando duramente a las autoridades civiles y religiosas por sus posiciones anexionistas a favor de México, en Esgueva, Antonio: *Documentos de la Historia de Nicaragua 1523-1857*. UCA, Nicaragua, 1993, p. 100.

guarda de los sentimientos religiosos, que entraron al juego político constituyendo una noción muy sensible de la sociedad. Según se ve, los líderes granadinos se inclinaban por posiciones más liberales al no creer que las actuaciones políticas pudieran interferir en los sentimientos religiosos.

Cuando Ephraim George Squier llega a Nicaragua, en 1849, el peso de lo religioso era definitivamente importante en los actos individuales y colectivos, dando la forma de una sociedad intolerante. Él mismo fue testigo de estas actitudes mientras ingresaba a Nicaragua sobre las aguas del Lago de Granada, cuando:

...los arreboles se tornaron rojos calcando las palmeras de las islas contra el cielo; mudaron después a lila oscuro, y luego al cenizoso del ocaso a través del cual brillaban los luceros con un claror extraño y casi extraterreno. La transición fue rápida, pues allá no se conoce el lánguido crepúsculo de las latitudes del norte. Nuestros hombres no fueron insensibles a la semidivina belleza de la escena; y cuando todo hubo concluido comenzaron a rezar: ¡Ave María Purísima! Sobre el murmullo de las olas flotó el eco de la oración hasta la orilla para diluirse en el confín.¹¹

La religión conformó, en gran parte, el espíritu colectivo de la sociedad, sus costumbres y creencias. Tal lo demostraron, a cada momento, ante los ojos del Encargado de Negocios norteamericano.

Squier fue testigo de otra escena en la cual la población creyente demostró la viveza del sentimiento religioso, esta vez relacionado con el culto funerario. La oportunidad la ofreció el Vicario Capitular don José Desiderio Cuadra, a cuyo sepelio concurrió. Dentro de la jerarquía eclesiástica era un personaje por lo que la población pudo demostrar la reverencia y el respeto con que trataba estos casos. Squier describe:

Ya habían comenzado los oficios de difuntos; podíamos oír los cantos y oraciones y ver los cirios encendidos... A poco

se hizo campo para dar paso a los hombres que, precedidos y rodeados de sacerdotes de revestido y la cabeza descubierta, traían los restos mortales. La gente se arrodilló... Seguían todos los funcionarios oficiales, y detrás gran número de los principales ciudadanos llevando velas encendidas; en pos marchaban la concurrencia en general... silenciosa y solemnemente.

En estrecha relación con el sentimiento religioso, el culto funerario es la expresión ritual que legitima y asegura el futuro del alma más allá de la vida. En este caso, era imperioso mostrar una actitud acorde con las circunstancias en vista que el difunto era un prelado de la Iglesia. Por ello el cumplimiento de este complicado acto.

La muerte, reconocida como el último de los actos importantes del individuo debía tratarse con suma atención y aplicación para que se asegurara la continuidad de la vida. Las diversas representaciones mentales que asume el pensamiento religioso constituían un auxilio indispensable.

La imagen de la muerte se hacía ver como algo definitivo, pero a la vez lúgubre y terrorífico, dada la pesadez de los rituales que se elaboraban y los objetos con que se rodeaba el acto. El diplomático describe otra dimensión de este culto funerario cuando un adulto está próximo a morir...

...se llama a un sacerdote para que le lleve el Viático... Se improvisa un altar en el aposento del agonizante... la gente se posterna al paso del Viático por la calle... Se le administran los últimos sacramentos de la Iglesia [y] los circunstantes que le están ayudando a bien morir murmuran junto a su lecho: '¡Jesús te ampare! ¡Jesús te auxilie! ¡María te favorezca!' Luego, cuando ven que está en los últimos momentos de la agonía, exclaman: '¡Jesús, Jesús, Jesús!'¹²

12 Squier, E.G., op. cit., p. 300.

La noción del bien morir implicaba ayudarle a orientar sus últimos momentos hacia la oración y el arrepentimiento, para asegurarse una continuación de su vida en el más allá, como lo había enseñado la Iglesia Católica.

Otro elemento básico del imaginario presente en el período, y que atemperaba el espíritu colectivo, era —además de nuevo— muy influyente. Este fue la actitud política.

Las actitudes favorables a uno u otro partido resultaron como un saldo de la Independencia, pues cada uno de los individuos se afilió voluntaria e inconscientemente, por la naturaleza de sus creencias religiosas, a uno u otro bando de la política. En el creyente católico nació la necesidad de defender un sentimiento tan sentido y extendido como lo era la religión, pero es por lo general se encuentra vinculado a las posiciones políticas.

Recuérdese que la religión llega a representar un sentimiento tan inestable frente a la política, ya que asegura al sujeto creyente la propia estabilidad frente a quien le asegura su presencia en este mundo, además de la satisfacción de las necesidades materiales y espirituales. Al mismo tiempo, el pensamiento religioso le aseguraba que tendría una continuidad en un proyecto de vida más allá de la muerte; de manera que, con estas partes, el compromiso por la defensa de la religión era evidente.

Otro tipo de actitudes políticas razonaban en el sentido que era posible renunciar a su tutela con el rey español, garante de la continuidad de los sentimientos religiosos, y conservar inmutable su accionar religioso. No obstante, las reformas que los “liberales” sugerían, representaban un ataque al status de la Iglesia que no se podía ocultar ni permitir.

La Independencia planteó, por primera vez, la oportunidad de expresar una opinión diferente a la que expresaban las autoridades y que llegaron a cuestionar y poner en tela de duda el derecho del rey para gobernar estas tierras. Fue una manifestación en la cual se despertaron inmediatamente polémicas en torno al derecho y la capacidad de las personas para gobernarse a sí mismas.

Se tenía la idea que para gobernar se nacía preparado o designado por Dios y que, por tanto, el destino de los hombre estaba marcado por tal razón. Unos nacían para servir gobernando y otros para servir gobernados, sin derecho a la réplica y el cuestionamiento.

Cuando el gobierno federal nombró Jefe de Estado de Nicaragua a Dionisio Herrera, esta decisión trajo una serie de complicaciones a Nicaragua que casi se transformaron en una “guerra religiosa” promovida por párrocos de las diferentes ciudades que se enfrentaron a Herrera, a quien identificaban como un individuo enemigo de la Iglesia.

Su gestión como Jefe de Estado en Honduras, en años anteriores, había significado la afectación de las propiedades de la Iglesia hondureña y, como lo explica José Dolores Gámez, al ser nombrado Jefe de Estado en Nicaragua, se despertó una actitud adversa contra quien representaba un posible atentado a la Iglesia. Por ello: “el clero no cesaba de predicar, levantando el fervor religioso...” contra Herrera, a quien presentaban, junto con Morazán, “sindicándolo de hereje y de masón.”¹³

Este conflicto sólo había sucedido diez años antes de la presencia de Squier a Nicaragua, aunque en su libro él acusa una mayor liberalidad en asuntos de fe por parte del pueblo, quizás por mera cortesía diplomática.

El general Trinidad Muñoz en sus bandos parece confirmar estas apreciaciones cuando señalaba en sus decretos al mencionar las tropelías de Somoza, documento que reproduce Squier:

No ha respetado edad ni sexo, ni tampoco a los inermes heridos, y ni siquiera a los cadáveres; y con sacrílegas manos ha tomado los sagrados Vasos del Templo de Dios de la Justicia, quien, penetrando con una sola mirada el corazón de los hombres, y siempre tan justo como inexorable al

13 Gámez, José D., op. cit., p. 292.

*final, así como salva al virtuoso, derribará ineluctablemente con sus terribles rayos al criminal y al malvado.*¹⁴

A diferencia del ambiente colonial, el enemigo de la religión podía ser, en este caso, un nacional que atentaba con actos sacrílegos los objetos rituales de la Iglesia, para lo cual se invocaba un castigo divino como acto justiciero. Mejor dicho: como una demostración que el peso específico de la religión seguía siendo dominante en la sociedad y sus actos.

Pero el ejercicio de las actitudes políticas engendraron también otra consecuencia seria que, a la vez, se transformó prontamente en uno de los simbolismos más característicos e influyente de la sociedad: la guerra civil. El conflicto militar demostró capacidad influyente precoz en la sociedad que, reconociendo y respondiendo a sus sentimientos más esenciales y vitales como lo eran las creencias religiosas, se enfrascó en un combate perenne.

Según Squier el ambiente de Granada era el de una ciudad en pie de guerra, pues "...todas las bocacalles que dan a la plaza estaban cerradas con barricadas, y por todas partes había retenes."¹⁵

El período anterior a su llegada había constituido un proceso atroz, sin tregua, que se proyectaba hacia 1849 y que implicaba la defensa de la religión o la culminación de aspiraciones por el desarrollo humano. Estaba en juego la pervivencia de la especie humana bajo condiciones específicas que ofrecían cada una de las opciones políticas del momento.

El levantamiento de Bernabé Somoza ocurría, precisamente, como continuación de una revuelta acontecida en Rivas, donde estaban comprometidas las identidades localistas, manifestadas en dos partidos: *timbucos* y *calandracas*.

Para dilucidar estos sucesos, comenta Gámez:

14 Squier, E.G., op. cit., p. 119.

15 Squier, E.G., op. cit., p. 95.

El lunes 4 de junio de 1849 una muchedumbre de hombres armados con escopetas, pistolas, machetes y lanzas, invadió frenéticamente las calles de Rivas y se lanzó al combate.¹⁶

Así se había ido construyendo desde la Independencia, y en poco tiempo, una especie de cultura militar, donde la guerra era el producto esencial de todo y el recurso viable para solucionar la permanencia de esas cuestiones vitales. Según el mismo Squier, los decretos para convocar a la guerra estaban elaborados de tal manera que “debían ser redactados en forma tal que tocasen las fibras sensitivas del pueblo, de manera que deben darnos cierta idea de su propósito...”¹⁷ Por ello generalmente se apelaba a la defensa de la religión y a enaltecer la figura del caudillo militar. Pero también se apelaba a todo el aparato simbólico que alcanzaba la sociedad en su imaginario colectivo, y en el cual la actividad política y la religión ocupaban un espacio considerable.

La guerra representaba en el nicaragüense de la década de los cuarenta del siglo XIX un impulso vital por la defensa de sus intereses reales, ya fueran materiales o espirituales. El localismo geográfico, la residencia o supremacía de la ciudad natal, la posesión del caudillo de sus simpatías, la religión como legado de los abuelos y otras condiciones vitales se manifestaban en el combate, como una expresión en la que se jugaba el presente, el futuro y el legado del pasado.

Dada la forma completa de ilustración que presta para nuestros propósitos el siguiente documento, lo transcribimos íntegramente. Fue publicado por las autoridades militares del gobierno para convocarlos a la guerra ante el levantamiento de Bernabé Somoza y reproducido en la obra del Ministro norteamericano:

Todos hemos visto horrorizados la devastación dejada a su paso por el bárbaro Bernabé Somoza desde su llegada

16 Gámez, José D., op. cit., p. 365.

17 Squier, E.G., op. cit., p. 113.

a la población de San Jorge, en el Departamento Meridional. Quemó y arrasó haciendas, y entregó Rivas a las llamas, al mismo tiempo que, con la horda que le sigue, atacaba a la guarnición de línea, y a los varios patriotas congregados allí, quienes, después de haber sostenido de la manera más heroica un sitio de once días, se vieron obligados a retirarse; por tanto, el Supremo Gobierno, en cumplimiento de los deberes que le imponen la Humanidad, la Religión y la Patria, ha expedido los siguientes decretos extraordinarios...¹⁸

Este fue el argumento para convocar a los individuos en edad aceptable para alistarse en el ejército y reprimir la insurrección. Así, cuando la identidad colectiva había definido los elementos que la conformarían, años después, estos argumentos se reducirían “a la defensa de la religión y las buenas costumbres.”

Ephraim George Squier llegó —como ya se ha afirmado— en medio del ambiente de una guerra civil provocada por ciertos caudillos del momento. Se puede observar, en quienes actúan en torno al diplomático, la forma cómo asumen cada uno de ellos la posibilidad de involucrarse directamente en el conflicto. A San Juan del Norte llegan los ecos lejanos del mismo y eso explica el ligero espanto que causa.

En cambio, al llegar a Granada, los remeros se sumían en una expectación de prudente y temeroso espíritu, por la posibilidad de encontrar la ciudad tomada por las fuerzas de Somoza. Igualmente, la llegada del general Trinidad Muñoz envuelve a la guerra en otra tonalidad distinta relacionada con el festejo, la algarabía, la heroicidad.

Respecto al ambiente vivido a su llegada a San Juan, Squier comunica en su célebre obra:

Todos dormimos hasta tarde del siguiente día en que nos

18 Squier, E.G., op. cit., pp. 114-5.

*hicieron saltar unos cuantos disparos y una formidable algarabía de gritos airados y voces plañideras como de un vivísimo altercado; —¡Revolución, Dios mío!— exclamó M., que tenía la cabeza llena de noticias del interior; —¡Ya llegó aquí la Revolución!*¹⁹

Era un fenómeno muy presente que incidía en el ánimo de la persona que la había vuelto proclive al levantamiento y en contra de las autoridades. La condición política y el genio militar de cada individuo siempre era un resorte a punto de saltar en el momento oportuno. En un editorial publicado tan sólo unos seis años después de la llegada de Squier al país, se afirmaba:

*...desde nuestra independencia de la España hasta el año de 1856 no disfrutamos de un periodo de tres años de paz, ni de dos, ni de uno, talvez ni de momentos, porque cuando el cañón no tronaba anunciando el exterminio era porque, exhaustos de combatir, nos parábamos a cobrar aliento para nuevos combates...*²⁰

Este sólo era un recuento ligero de la situación que había significado la guerra civil hasta 1856, y precisamente Squier, llegó en 1849, en medio de la amenaza de una nueva guerra, cuando a partir de su frecuencia ya se había convertido en un fenómeno generador de símbolos y representaciones mentales, que residía en el imaginario colectivo.

Esto hace pensar que, dentro del simbolismo colectivo, aun las formas institucionales republicanas no ganaban la legitimidad debida para ser reconocidas como instrumentos de gobierno. Pero también quienes representaban a la autoridad en ese manejo institucional no lograban acogerse a la fuerza que repre-

19 Squier, E.G.: *Nicaragua, sus gentes y paisajes*. Editorial Nueva Nicaragua. Managua, Nicaragua, 1989, p. 51.

20 "Editorial de ayer para reflexionar ahora," *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, no. 72, sept. 1966.



Don Fruto Chamorro.

Dibujo al carboncillo, cortesía de Jaime Chamorro Candelal.

sentaban, debido al poco reconocimiento que tenían esas formas de autoridad republicanas.

En el caso del tumulto que se formó en San Juan del Norte (*Greytown*) por las disposiciones inglesas para controlar la presencia de animales en las calles y el policía que debía hacer cumplir la disposición, se notaba claramente esta situación, pues él mismo se quejaba que “nadie hacía caso de sus explicaciones, por lo que estaba dispuesto, al igual que habían hecho sus compañeros, a huir de la ciudad...”²¹

En más de una ocasión, esa actitud política se traducía en una amenaza a la autoridad y a la misma institucionalidad que el individuo normal y corriente no llegaba a comprender. El mismo proceso institucional en formación se había echado a perder en reiteradas ocasiones por esa actitud poco edificante del individuo ante la autoridad.

LA FIGURA DEL CAUDILLO

Derivado de la guerra y la actividad política se encuentra otro de los elementos simbólicos propios de la mentalidad del siglo XIX. Este era el “caudillo.” Emprender el intento por interpretar este elemento da un conocimiento más apropiado de la sociedad de entonces.

Más allá de la identificación partidaria, era importante reconocer a un líder como objeto de sus preferencias políticas. Tal era el caso del “caudillo,” al cual se agasajaba de todas maneras y se le prestaban todo tipo de atenciones. La manera cómo fue

²¹ Squier, E.G., op. cit., p. 52.

recibido el general Trinidad Muñoz en Granada aquel año lo ilustra. Squier atestigua:

De los balcones colgaban telas rojas y amarillas. Cortinillas de vivos colores asomaban en todas las ventanas; festones y flores colgaban de todas las puertas, y en dondequiera veíanse banderines coloridos y verdes ramos. En la plaza, sobre todo, el decorado era abundante y caprichoso... Hombres, mujeres y niños lucían sus mejores atavíos y todos, junto con la ciudad, tronaban de júbilo...²²

El simbolismo que representaba un caudillo ante la sociedad alcanzaba formas míticas, del cual podían inventarse y decirse acciones que evidentemente sobrepasaban las capacidades humanas. Se destacaban su fortaleza, su valentía, sus acciones militares por cuanto, desde la Independencia, la acción militar había alcanzado un valor desmedido y el militar un prestigio inigualable. Era el caso de Trinidad Muñoz, quien era recibido adonde llegara con exclamaciones de “¡Viva el esclarecido General!”

El caudillo y el militar eran producto del ambiente de guerra que se había desatado a raíz de la Independencia, o sea, un fenómeno relativamente nuevo; pero había llegado a ser de gran peso debido a la frecuencia con que se llevó el conflicto bélico en menos de cincuenta años de historia.

Esto había llegado a constituirse en parte de esa especie de “cultura militar” que destinaba honores y respeto al militar y capacidades al caudillo para dirigir a la sociedad. En este ejemplo fue el general Trinidad Muñoz. En otros años serían Fruto Chamorro o Tomás Martínez.

Al dar por finalizada la persecución contra Bernabé Somoza, el gobierno lanzó una proclama que es representativa del sabor de la cultura militar que destacaba la heroicidad cuando manifestaba:

²² Squier, E.G., op. cit., p. 131.

*¡Gracias sean dadas al insigne General Muñoz y a sus valientes soldados, baluarte y salvaguardias del Estado! Sus hazañas no necesitan de encomio; ellas hablan por sí solas. Nos han dado una impresionante lección de patriotismo y de virtud.*²³

Cualquiera que fueran se magnificaban sus actos y méritos militares como modelo a seguir y se le llenaba de privilegios materiales y espirituales, además de la consabida admiración.

Pero tan importante como los referentes simbólicos citados anteriormente, y tan influyente y persistente como el pensamiento religioso, fue el localismo geográfico. Es decir, ese sentimiento primitivo de identidad y pertenencia territorial que se incubó en leoneses y granadinos a partir de su origen de nacimiento o de sus simpatías por una y otra ciudad.

Se tiene evidencia que las primeras contradicciones entre las ciudades de León y Granada habían sucedido a partir de las actitudes que cada una de ellas había asumido frente a la noticia de la Independencia en 1821. Las divergencias habían desembocado en perennes guerras que asolaron el país y cuyos dirigentes eran, por lo general, representantes de las respectivas ciudades.

Así, los leoneses llegaron hasta Granada para asediarla, rendirla y saquearla; lo mismo sucedió en otras ocasiones, cuando los granadinos encontraron el momento del desquite asediando y saqueando a la ciudad rival. El último enfrentamiento había sucedido unos años antes, en 1844, cuando los granadinos llegaron hasta León y con ayuda del ejército salvadoreño habían casi destruido a la ciudad.

Durante esos acontecimientos, en los que habría participado el caudillo salvadoreño Francisco Malespín, apoyando a los granadinos, el último quiso... "explotar la antigua rivalidad de León y Granada, y envió agentes con circulares a todas las

23 Squier, E.G., op. cit., p. 231.

Municipalidades excitándolas á la insurrección contra el Gobierno leonés.”²⁴

El saldo de este fue un sitio de dos meses a la ciudad de León, la cual al fin cayó en poder de los sitiadores: “el 24 de enero de 1845, los habitantes pasados a cuchillo en su mayor parte y las casas entregadas al saqueo y al incendio.”²⁵

Este primitivo sentimiento de pertenencia territorial subsistía, por supuesto, al llegar Squier a Nicaragua y fue al que se refirió el general Trinidad Muñoz, establecido en Granada, durante la estadía del diplomático norteamericano cuando redactaba en su bando:

*La monstruosa facción que ahora amenaza la vida del Estado no pertenece a ningún partido; es una horda vandálica que trata, por medios viles, de alcanzar fines injustificables... La forman enemigos del orden, de la libertad y de la humanidad... Cuando el país está amenazado no somos 'timbucos' ni 'calandracas': somos nicaragüenses.*²⁶

Era muy difícil que con un discurso se lograra reducir los efectos de esta actitud, vertiente de lo político, en la sociedad del siglo XIX. De hecho, ni aun en medio del conflicto contra los filibusteros en 1856, las identidades localistas se abandonaron. Evidencia de ello es que el levantamiento de Bernabé Somoza se había iniciado en Rivas como un enfrentamiento entre estos dos partidos de esencia localista.

En todos estos hechos se jugaba la supremacía de la ciudad y sus habitantes. Se debía dejar claro quién tenía la mejor ciudad, la más fuerte, cuál era la que subsistía a pesar de las calamidades, etc.

En esta confusa identidad colectiva de localismos, era muy

²⁴ Gámez, J.D., op. cit. p. 346.

²⁵ Gámez, J.D., op. cit., p. 346.

²⁶ Squier, E.G., op. cit., p. 114.

difícil esperar un ápice de sentimientos más elevados hacia la nación en general y mucho menos tener noción de soberanía territorial si ésta se hallaba más allá de los límites de la ciudad y sus dominios.

Es decir, los nicaragüenses no tenían sino una ligera idea del derecho de posesión que podía reconocerse a su favor en ese momento y eso es lo que dio oportunidad a Fabens, Kinney y Walker para intentar a apoderarse del territorio ignorando ese derecho.

Se limitaban a sostener un sentido muy primitivo de posesión sobre los linderos de la ciudad, fuera León o Granada. De ahí que la presencia de Squier haya sido una oportunidad para aquellos mercenarios o filibusteros interesados en llegar primero a Nicaragua y reclamar la parte que, según ellos, les correspondía, porque los elementos simbólicos de estos también le indicaban pensar y creer en un solo sentido: apropiarse de un territorio al que creían tener derecho.

‘ OTRA DIMENSIÓN DEL PENSAMIENTO POLÍTICO

Las simpatías políticas que demostraron los nicaragüenses hacia la “República del Norte” constituían otra dimensión de la actitud política. Las manifestaciones ante el Encargado de Negocios fueron frecuentes en todos los lugares que visitó desde su entrada a Nicaragua, como sucedió en el puerto de San Juan del Norte, donde fue escenificado un tumulto que se tradujo en un “¡Mueran los ingleses!”

No era sino un simbolismo importante que dominaba al imaginario colectivo en el plano político: la imagen de fuerza que representaba Estados Unidos, a pesar de no ser aun una potencia firme frente a otras como Inglaterra. En los escritos de Squier no es posible obviar las observaciones que hacían figurar estas manifestaciones, talvez como un signo de la simpatía que su país despertaba en la población: “esa misma noche —apunta— se nos obsequió con una serenata, cuyos interme-

dios llenaron gritos de “¡Vivan los americanos del Norte!”²⁷

Era, por lo general, la proverbial actitud de los nicaragüenses ante la figura simbólica que representaban los Estados Unidos. Se le había elaborado como una nación superior en todo, capaz de vencer a sus rivales por ayudar a los países débiles y así se creaba y reforzaba una imagen de fuerza ante la cual se suponía, Nicaragua había cobrado mucha importancia por lo del canal.

Por ello, motivada por esa imagen de fuerza y confianza que se tenía en los Estados Unidos, es que se originó lo que apunta Squier: “la noticia propalada fue de que seis barcos de guerra americanos venían ya rumbo a San Juan a echar de allí a los ingleses...”²⁸

Eso bastaba para dar a entender la figura que se elaboraba y prevalecía en el imaginario social nicaragüense con la que se relacionaba a Estados Unidos. Para muchos, esta nación era el ejemplo de los principios republicanos y las libertades civiles, ante el reflejo mental que tenían de su propia conducta, que desde la Independencia los hacía aspirar al ejemplo de la República del Norte.

El ministro Squier destaca las actitudes de la población. en este sentido, al momento de ser recibido oficialmente en León, cuando después del discurso oficial refiere:

*Apenas había el Director dado fin a su respuesta, y toda la concurrencia estaba aún quieta y atenta, cuando un oficial, muy distinguido por su patriótica valentía en el campo de batalla y por sus servicios como ciudadano, el Coronel Francisco Díaz Zapata, avanzando repentinamente de atrás de la línea de oficiales, comenzó a recitar un apasionado apóstrofe a la bandera de los Estados Unidos...*²⁹

²⁷ Squier, E.G., op. cit., p. 52.

²⁸ Squier, E.G., op. cit., p. 52.

²⁹ Squier, E.G., op. cit., p. 194.

La poesía en cuestión destacaba el “presagio de poder y de grandeza” a la enseña ilustre de virtud y gloria; aspirando a que la amistad de Estados Unidos con Nicaragua significara a partir de ese momento: “Que la herida cerviz ya, no más doble Nicaragua en su triste desventura...” y como una esperanza de lo que significaría contra Inglaterra culminaba el poema señalando: “Tu advenimiento amigo a mi Patria doliente y tu grandeza y abate á su adversario la cabeza.”³⁰

Todas ellas eran imágenes y representaciones mentales propias de la sociedad de la época, que confiaba en la amistad de los Estados Unidos y de su acción frente a la nociva presencia de Inglaterra. No es de extrañar, como lo describe el diplomático norteamericano, que al final de la declamación, la concurrencia... “olvidando toda otra consideración, estalló en entusiastas y prolongados vítores que encontraron eco en la gente de la plaza...”³¹

Esta actitud demostraba una imagen específica que se había elaborado como un producto cultural en la conciencia colectiva de la época ante los Estados Unidos. Por eso, no era raro que los individuos se refieran en tales términos.

Un episodio, acontecido al salir de San Carlos y señalado por Squier en su obra, refuerza esto:

*Toda la gente fue a decirnos adiós y un anciano se empeñó en darnos un abrazo de despedida. Como los profetas de antaño, dijo que ya podía morir tranquilo, porque sabía que su patria estaba segura bajo la protección de la República del Norte.*³²

Las imágenes, simbolismo y representaciones mentales afloraban en sus actitudes cotidianas y costumbres a cada momento y conformaron nuestra historia de ese modo.

30 Fragmentos del poema declamado por Francisco Díaz Zapata ante el embajador norteamericano en 1849 y reproducidos por Squier en su obra, p. 195.

31 Squier, E.G., op. cit., p. 195.

32 Squier, E.G., op. cit., p. 75.